

COMO POLVO EN EL VIENTO

LEONARDO PADURA
COMO POLVO EN EL VIENTO

TUSQUETS
EDITORES

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Leonardo Padura

© Tusquets Editores, S.A.– Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Primera edición impresa en España: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-9066-8610

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7167-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Índice

1. Adela, Marcos y la ternura	13
2. Cumpleaños	85
3. ¿Hace calor en La Habana?	139
4. La hija de nadie	225
5. Quintus Horatius	289
6. Santa Clara de los amigos	347
7. La mujer que les hablaba a los caballos	421
8. Los ríos de la vida	493
9. Los fragmentos del imán	551
10. La victoria final	607
<i>Nota y gratitudes</i>	667

Adela Fitzberg escuchó el toque de trompetas que hacía de alarma para las llamadas familiares y leyó la palabra *Madre* en la pantalla del iPhone. Sin darse tiempo para pensar, pues la experiencia le advertía que resultaba más saludable no hacerlo, la muchacha deslizó el tembloroso auricular verde.

—¿Loreta? —preguntó, como si pudiera ser otra persona y no su madre quien la llamaba.

Solo tres horas antes, mientras desayunaba con su habitual desgano matinal el falso yogur griego, quizás realmente *light*, reforzado con cereales y frutas, y respiraba el aroma del café revitalizador que cada día Marcos se encargaba de colar, la joven había sentido la tentación de manipular su teléfono.

Siguiendo aquel impulso inusual en ella, había revisado el registro de llamadas y constatado que *Madre* no la había procurado ni una sola vez en los últimos dieciséis meses: en todo ese tiempo, según la memoria telefónica, siempre había sido ella, luego de combatir contra sus aprensiones, quien había establecido la comunicación con Loreta, a un ritmo promedio de dos veces por mes. Tal vez por el precedente de haber realizado una búsqueda tan inhabitual, que de pronto comenzaba a adquirir un sentido telepático, Adela no se había sorprendido demasiado. Quizás solo se concretaba una caprichosa casualidad. Por eso, sin permitirse pensar, había saltado al vacío. Si sobrevivía, ya vería qué había en el fondo.

—Ay, Cosi, ¿cómo tú estás?

La voz grave, propia de una persona adicta al tabaco y al alcohol —aun cuando su madre juraba que jamás había fumado y su hija nunca la había visto beber algo más fuerte que un Bloody Mary o un par de copas de vino tinto—, el uso del enfático *tú* del cual la mujer no había conseguido desprenderse cuando hablaba en español y el mote de Cosi con el cual la llamaba desde que era una bebé —solo cuando estaba muy molesta con ella le decía Adela, y *Adela Fitzberg*, con nombre y apellido subrayados, si llegaba a estar muy muy molesta— ratificaron lo evidente. Además, pronto añadirían la convicción de que el resultado de la comunicación abierta por Loreta, luego de tantos meses, sería joderle el día. ¿Para eso había quedado su madre?

—Bien... En mi trabajo... Acabo de llegar... Estoy bien... —Y no se atrevió a preguntar cómo estaba ella y mucho menos si pasaba algo. Ni soñar con decirle que no era el mejor momento para hablar, pues otra vez se había retrasado a causa del tránsito infernal de un *expressway*, que Loreta proclamaba que contribuía a envenenar al mundo y los pulmones de su hija.

—Me alegro por ti... Yo estoy fatal...

—¿Estás enferma?, ¿te pasa algo? ¿Qué hora es allá?

—Ahora... Las seis y dieciocho... Todo está oscuro todavía... Muy oscuro, un poco frío... Y no, no estoy enferma. Enferma del cuerpo... Te llamo porque soy tu madre y te quiero, Cosi. Y porque te quiero necesito hablar contigo. ¿Tú crees que pueda?

—Claro, claro... ¿No estás «enferma del cuerpo»? ¿Qué te pasa, Loreta?

Adela cerró los ojos y escuchó el suspiro largo, clásicamente trágico de su progenitora. Como una suerte de venganza de su inconsciente, mientras su madre la apodaba Cosi, desde niña ella llamaba a Loreta por su nombre y solo le decía *Madre* cuando tenía deseos de matarla.

—¿Cómo te va con tu novio?

Esta vez fue Adela la que suspiró.

—¿No habíamos quedado hace tiempo en que no querías saber nada de mi novio? No, tú no me llamas para eso, ¿verdad?

Otro suspiro, más largo, más profundo. ¿Real? En la última conversación que habían sostenido tras una llamada realizada por Loreta, la madre le había jurado que jamás volvería a interesarse por la vida íntima de su hija y le espetó de nuevo que, si quería revolcarse todavía más en la mierda, allá ella: además de oler a mierda, pues terminaría tragando mierda. Y Adela sabía que su madre era de las personas que solían cumplir sus promesas.

—Hay que sacrificar a *Ringo* —dijo al fin la voz trasnochada.

—¿De qué estás hablando, Madre?

Como una súbita avalancha, la imagen del caballo de brillante pelaje castaño, con una estrella de pelo blanco en la frente a la cual debía su nombre de *Ringo Starr*, se había armado en la mente de la joven, desplazando a la de su interlocutora. Desde que Loreta se había instalado en The Sea Breeze Farm, la granja equina en las inmediaciones de Tacoma, su primer y mayor amor había sido aquel hermoso Cleveland Bay. Porque el semental, ya adulto, de ojos siempre pálidos y algo llorosos, como los de una persona afligida y lúcida, muy pronto la había escogido a ella como su alma gemela.

A lo largo de los años —¿diez, doce?— que llevaba viviendo en aquel rancho del noroeste del país, Loreta había insistido en que la atención del semental constituía su misión personal, y cuidó de él como no se había ocupado de nada ni nadie en su vida. Sobre el lomo generoso del ejemplar de la estirpe de los corceles de tiro de la casa real inglesa, beneficiándose de su paso enérgico y de una docilidad no habitual para su carácter de caballo entero y sangre caliente, también Adela había paseado por la granja y los bosques de ese rincón del mundo en donde su madre se había confinado.

—No me hagas repetir esas palabras, Così.

—¿Pero qué le pasa? La última vez que hablamos... Bueno, fue hace tiempo... —se interrumpió la joven, lamentando haber pensado que su madre la llamaba por alguno de sus habituales incordios o para burlarse de sus relaciones sentimenta-

les y la decisión de irse a vivir con su novio nada menos que a Hialeah. Aunque de todas maneras le jodería el día: de hecho, con lo dicho ya lo estaba haciendo.

—Cólicos... Rick y yo llevamos días lidiando con él... Buscamos otra opinión... El mejor veterinario de acá lo ha estado atendiendo. Pero hace dos días tuvimos un diagnóstico definitivo. Se le hizo la punción abdominal..., está grave. Y ya es demasiado viejo para una cirugía, pero demasiado fuerte y no queríamos... Yo ya lo sabía, pero el veterinario nos ratificó lo único que se puede hacer.

—Por Dios... ¿Está sufriendo?

—Sí... Hace días... Lo tengo muy sedado.

Adela sintió que se le dificultaba tragar.

—¿No tiene remedio?

—No. No hay milagros.

—¿Qué edad tiene ahora *Ringo*?

—La misma que tú... Veintiséis... Aunque no lo parezca ya él es un anciano...

Adela meditó la respuesta y tragó en seco antes de decir:

—Ayúdalo entonces, Loreta.

Un nuevo suspiro llegó por la línea y Adela esperó.

—Es lo que voy a hacer... Pero no sé si debo hacerlo yo o encargar a Rick. O al veterinario.

—Hazlo tú. Con cariño.

—Sí... Es muy duro, ¿sabes?

—Claro que lo sé... Eres como su madre —soltó la joven, sin segundas intenciones.

—Eso es lo peor... Lo peor... Porque tú todavía no tienes idea de lo que es ser madre y no poder... Lo que una disfruta y sufre por ser madre.

—Tú has sufrido mucho, ¿verdad? ¿Y no has podido qué?
—preguntó Adela sin intentar contenerse. A pesar de la solemnidad del momento, otra vez había caído en la trampa, siempre caía, y se preparó para la descarga materna. Por eso se sorprendió con la salida de Loreta.

—Nada más quería decirte esto. Saber que tú estabas bien,

decirte que te quiero mucho mucho, y... Così, no puedo seguir hablando. Creo que voy...

—*I'm so sorry...* —dijo Adela, y solo en ese instante cayó en la cuenta de lo desatinado de sus últimas preguntas y de la magnitud del dolor que debía de estar sufriendo su madre: todo el tiempo le había hablado en español, siempre usando el delator *tú* cubano y, contra la lógica de la experiencia del último año y medio, había sido su madre la que había llamado y, más aún, quien había cortado la comunicación. Debía de estar devastada con la decisión a la que se veía abocada, al punto de ser incapaz de aceptar el duelo verbal que se había configurado.

Adela permaneció unos instantes mirando su iPhone y, sin poder evitarlo, imaginando el momento en que Loreta manipulaba la tremebunda jeringa metálica y pinchaba la piel castaña del cuello de *Ringo* para enviarlo al sueño eterno. Los ojos suspicaces y dulces de la bestia nacida con una estrella en la frente la miraron desde el recuerdo. Dejó caer el teléfono en la gaveta superior de su buró, la cerró con cierta violencia y se puso de pie. Avanzó por el corredor que conducía al vestíbulo del local destinado a *Special Collections* de la Universidad donde había logrado agenciarse una plaza como especialista en bibliografía cubana y, al pasar frente a la mesa de Yohandra, la referencista, le dijo que necesitaba coger aire y tomarse un café.

—¿Pasa algo? —le preguntó Yohandra.

—Sí... No, nada... —musitó Adela, sin deseos de explicar la revoltura de sentimientos que le había provocado la llamada de su madre y la visión de los ojos del caballo, pero se volvió hacia Yohandra—. ¿Me regalas un cigarro?

Yohandra la miró con las cejas enarcadas y luego sacó un pitillo de la caja que guardaba en su bolso.

—¿Tan jodida estás? —preguntó, y le tendió el cigarro y un encendedor.

Adela susurró un gracias, trató de sonreír y luego apenas afirmó cuando su compañera, señalando la pantalla de su computadora, le comentó que parecía que de verdad el presidente Obama iría a Cuba, qué tipo más bárbaro... Adela salió al jar-

dín arbolado que rodeaba el recinto de la biblioteca, donde la recibió el empujón del calor húmedo de Miami que ya imperaba a esas horas de la mañana de abril. El cielo, nublado hacia el norte, advertía de las altas probabilidades de que cayera otro chaparrón vespertino en Hialeah y quizás también más al sur, en Miami, lo que convertiría su trayecto de vuelta por el Palmetto en una tortura física y psicológica siempre dispuesta a aplastarla.

Siguiendo la estela del aroma del café cubano recién hecho, caminó por el campus hasta el merendero ubicado en la planta baja del edificio de Arts and Humanities y pidió un café con poca azúcar. Con el vaso de plástico en la mano salió otra vez al jardín y buscó el banco más apartado y sombreado para beber la infusión y fumar a hurtadillas el primer cigarro que encendía en ni sabía cuántos meses. Para un día de mierda, una adicción mierdera, pensó, negándose a sentirse vulnerable mientras disfrutaba la invasión de nicotina. Adela Fitzberg tuvo en ese momento la convicción de que su mal ánimo no se debía al inminente sacrificio del viejo *Ringo*. O no solo a eso. Además de amargarle el día con una mala noticia, ¿por qué la había llamado Loreta?

La amenaza que habían anunciado en forma de vaguada en los niveles medios de la atmósfera se tradujo en una lluvia despiadada. Adela apenas había recorrido la mitad de su trayecto de vuelta a casa por el Palmetto, la autopista de diez carriles en la que cada día, de lunes a viernes, gastaba como mínimo dos horas de su vida, un tiempo exasperante durante el cual siempre tenía algún momento para preguntarse cuántos miles de automóviles podían estar a la vez sobre el asfalto hirviente. El cielo se partía una y otra vez con descargas eléctricas que aceleraban el pulso de la joven y ralentizaban el empuje de los motores recalentados de unos vehículos que se movían rueda contra rueda, desde Miami hasta el infinito. El mal humor que la embargaba, sostenido por la imagen de una aguja clavada en la vena del cuello de *Ringo*, la superó cuando comenzó a sentir la presión en el bajo vientre, inconfundible advertencia de la llegada de su menstruación. Casi con violencia apagó el reproductor donde sonaba en ese momento el disco de Habana Abierta que tanto le gustaba a Marcos: en aquel tapón enervante y lluvioso parecía una exageración pretender que todo el mundo fuera *happy*, como reclamaba la canción. Aún le faltaban tres salidas para abandonar el *expressway*, y Adela sintió deseos de llorar de rabia e impotencia. Su auto avanzó unos diez metros y volvió a detenerse.

Pronto se cumplirían dieciocho meses desde el momento en que la joven había accedido a mudarse con Marcos a Hialeah, una decisión que provocó varias de las más ruidosas discusio-

nes entre Adela y Loreta, cuando la madre se declaró total, absoluta, definitivamente imposibilitada de entender las opciones de su hija, hasta que al final de uno de esos debates admitió que *Adela Fitzberg* la desbordaba y lanzó su juramento de olvidarse de la vida privada de su hija. Que con sus calificaciones académicas la joven se hubiera ido de Nueva York a estudiar a Miami, justo a Miami, en su momento le había parecido a Loreta un caprichoso dislate juvenil; que, unos años después, luego de terminar su *bachelor* en Humanidades en FIU, la Universidad Internacional de la Florida, optara y hasta consiguiera una plaza miserable en la biblioteca de la universidad mientras hacía sus estudios de maestría en algo tan inútil y con olor a subdesarrollo como Estudios Latinoamericanos, había sido calificado por la progenitora como un desperdicio de neuronas... Pero que en el colmo de su decadencia se enamorara de un balsero cubano y, para rematar, que apenas unos meses después se fuera a vivir con aquel tipo a un apartamento inmundo de la inmunda Hialeah, nada más y nada menos que Hialeah, resultó ser para la madre la prueba definitiva de la insania mental que afectaba a su hija y agregó otra dosis en una acumulación de afanes lamentables que, tiempo al tiempo, repetía, provocarían efectos devastadores en la existencia de la joven.

Adela aprovechó una fisura durante una de aquellas arengas de su madre y le gritó que se mudaba por la simple razón de que su trabajo y su futuro estaban en el sur de la Florida y que, además, por primera vez en su vida sabía que estaba enamorada. Al escucharla, Loreta rio y le preguntó qué cosa era aquello de estar enamorada o si en realidad la decisión solo tenía que ver con el tamaño de la pinga cubana de su novio. Porque pingas grandes es lo que sobra en el mundo, Adela Fitzberg, busca en la colección de la *National Geographic* que supongo hay en tu ridícula biblioteca, agregó y cortó, para volver a llamarla en veinte segundos y preguntarle si conocía a otra persona en el mundo dispuesta a mudarse de un apartamento de Coconut Grove para Hialeah, ¡Hialeah!, gritó y otra vez colgó. Al silencio materno abierto ese día, Ade-

la respondió con la misma moneda y pasaron semanas sin comunicarse.

Adela había conocido a Marcos en The Hunter, la discoteca cercana a su apartamento de Coconut Grove a la que solía ir algunas noches de viernes con Yohandra y otras amigas solteras. El ambiente relajado, más cubano que gringo del lugar, siempre le resultó atractivo y Adela disfrutaba fumando los cigarrillos H. Upmann que Yohandra se hacía enviar desde Cuba y bailando incluso con la experimentada mulata si el *disc-jockey* colocaba alguna música llegada de una isla de la que aquellos exiliados renegaban las veinticuatro horas del día pero de la que a la vez no querían (o no podían) desprenderse. Cuando Adela no resistía más, le encantaba tomarse un descanso y disfrutar desde su mesa el espectáculo de ver danzar a su amiga, que dominaba todos los estilos y sus coreografías. La mulata sabía expresar con sus movimientos la sensualidad profunda de aquellos ritmos con una cadencia y naturalidad ancestral que, a pesar de sus concienzudos empeños, a Adela le resultaban inalcanzables.

Tanto disfrutaba de esas noches y de la compañía de Yohandra que Adela incluso tuvo el temor de que una sibilina inclinación lésbica estuviera proyectándose desde su subconsciente. Por ello, cuando viajó a Nueva York para asistir al sesenta cumpleaños de su padre (celebración a la cual, como en años anteriores, no asistió Loreta), como si no fuera algo importante se atrevió a comentarle su aprensión a la única persona a la cual podía acudir en el mundo por un asunto como el que la intrigaba, pues siempre se había sentido y sabido sexualmente definida, pero con la inquietante sensación de que algo no funcionaba bien en ella. Bruno Fitzberg, luego de la comida y el vino bebido en Blue Smoke, el restaurante de la 115 East y la 27 Street adonde siempre acudían, sonrió al escuchar la preocupación de su hija y la tranquilizó con algo parecido a un diagnóstico del psicoanálisis que practicaba desde sus años argentinos: el único problema de Adela radicaba en que todavía era muy joven y no había encontrado al hombre del cual se enamoraría, el varón encargado

de despertar todos los instintos femeninos que varios amantes y pretendientes juveniles no habían logrado destapar del modo más pleno.

—Tiempo al tiempo —dijo, como hubiera dicho Loreta—. Y no lo busqués, él solo va a aparecer.

—Eso suena a príncipe azul de cuento de hadas, papá —ironizó ella.

Bruno Fitzberg le tomó las manos sobre la mesa y se armó de su mejor cara y acento porteños.

—Es lo que te merecés, nena. Vos sabés que eres una mujer hermosa y muy femenina. Con esos labios que matarían de envidia a Angelina Jolie y a su cirujano plástico, y esos ojazos negros de un raro fulgor —dijo, entonando la melodía del bolero, y le apretó más las manos para agregar—: Solo que no te ha llegado la conmoción... Porque será una conmoción... Pero al final... ¿Y qué si fueras lesbiana, piba?... Esa mulata también es bella, está buenísima... Aunque no le gustan las mujeres y es más puta que las gallinas, no te hagás ilusiones.

—¿Y de dónde vos sacás que es más puta...? —respondió ella, acudiendo al acento argentino que de manera natural usaba para hablar con Bruno.

—Uno sabe, uno sabe —dijo él, y sonrió.

—¿Cuando vos fuiste a verme a Miami y...?

—*No comments.*

Como si cumpliera un sino preestablecido, apenas unos meses después de aquella charla Adela conoció a Marcos en su discoteca favorita.

La noche pintaba para aburrida, porque Yohandra sufría de una faringitis con fiebres que la tenían enclaustrada. La insistencia de otras amigas y su mismo deseo de encontrar sentido a la diversión nocturna, con independencia de la presencia o la ausencia de Yohandra y sus cigarrillos negros, la habían empujado a arreglarse y salir. Pero muy pronto creyó descubrir que su rebelión carecía de sentido y, aun sabiendo que debía conducir de vuelta a su apartamento, por suerte cercano, pidió una segunda y luego una tercera copa de vino, acodada en su mesa,

casi siempre sola, odiándose un poco a sí misma por su forma de ser y de vivir, siempre tan insulsa, y procurando a la vez distraerse observando la habilidad rítmica de los cubanos que acudían al local y se adueñaban de la pista de baile. Y entonces saltó la chispa.

El tipo, al que ella nunca había visto en The Hunter, parecía una caricatura facturada en Hollywood para una película de la década de 1950: vestía pantalón ancho y camisa de mangas largas, todo blanco, de lino. Llevaba abiertos los botones superiores de la camisa y, sobre su pecho lampiño o rasurado, saltaba la medalla refulgente de la Virgen de la Caridad del Cobre, pendiente de la cadena también dorada. Usaba un panamá, falso con toda seguridad (comprado quizás en el pulguero de Miami, junto con la cadena y la medalla demasiado brillantes), y cuando lo creía necesario utilizaba el sombrero como parte de su espectáculo particular: se descubría y lo movía del modo en que un matador pasa la capa ante el toro, o lo lanzaba al aire para capturarlo al final de un giro coreográfico —con certeza muy ensayado—. El pelo, ondeado, negro azabache, le brillaba por la mezcla del gel y el sudor que le sacaba el ejercicio, y sus pies, enfundados en mocasines marrones de suela fina, calzados sin medias, marcaban los pasos con una precisión milimétrica, sin levantarse apenas del suelo pulido, mientras dejaba a los brazos la ilusión de movimiento y entregaba a los hombros el pulso profundo y rector del ritmo marcado por el bajo.

Con tal atuendo y la soltura de sus maniobras, Adela, ida del mundo, llegó a pensar que el joven debía de ser un profesional contratado por los regentes de la discoteca para animar el ambiente del modo exacto en que llegó a lograrlo. Porque en un momento de clímax musical, cuando se imponía el ritmo de los tambores y los timbales, el resto de las parejas fue deteniendo la danza hasta formar un círculo alrededor del joven y de la negra de pelo chino y un muy ajustado vestido verde brillante que era su compañera de baile. La lascivia de las ondulaciones pélvicas, el desparpajo de las miradas, los rostros

sonrientes y humedecidos por el sudor de los bailadores expresaron la sensualidad desbordada de una representación de altos voltajes sexuales. Con el fin del número, llegó el aplauso de los otros bailadores y mirones, coronados con el grito intempestivo del joven:

—*I love you, Miami!* —intentó decir, aunque lo que se escuchó fue algo como ai-lofyú-mayamíiii...

Adela comenzaba la tercera copa de vino de su aburrimiento cuando sintió cómo a su lado retiraban una silla y vio la figura disfrazada de blanco sentarse junto a ella.

—¿Y a ti qué te pasa, niña? ¿Te botó el novio o no sabes bailar?

Olía a colonia y sudor: a hombre, fue lo primero que percibió Adela, y miró al personaje que, sin pedir permiso, se acomodaba en la silla, bebía un trago largo de la Heineken que traía en la mano, se descubría del Panamá para colocarlo sobre la mesa, se enjugaba la frente con un pañuelo rojo y le sonreía con una dentadura saludable y perfecta.

—Ni una cosa ni la otra —fue lo que se le ocurrió decir.

—Ah, porque yo con la mayor gentileza y respeto estaba dispuesto a resolverte cualquiera de esos dos problemas. —Y sonrió más, mientras alzaba una de sus cejas, como para enfocarla mejor.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Adela, admirada por el desparramo del joven.

—Hace dos meses... —Y bajó la voz—. ¿Se nota mucho?

—Se ve a la legua. Todavía estás cerrero.

El muchacho volvió a sonreír. Adela decidió que era lindo aquel ejemplar de macho cubano de producción insular, cargado con todos los atributos visibles de su condición y los lastres más comunes de su pertenencia.

—¿Meto miedo?

—No, das... ternura. ¿O se dice provocas ternura? —indagó Adela sin poder evitar la reacción de su subconsciente ante la confesión, motivada por una de esas dudas idiomáticas que la obcecaban.

—Estás acabando conmigo, niña... ¿Que yo provoco ternura?... Pa' su madre. Si sigo así, me van a deportar.

Adela al fin sonrió. ¿Cómo era posible lograr aquel ejemplar modélico, diseñado tal vez con una estudiada manipulación genética?

—*Sorry*..., perdona... Bailas muy bien —trató de arreglar las cosas.

—¿Y tú? Ahora en serio..., ¿de verdad no sabes bailar?

—¿Quién dijo que no sé?

—Ne, tú no sabes ná... A ver, demuéstremelo —dijo, volvió a pasarse el pañuelo rojo por el rostro y recogió el sombrero abandonado sobre la mesa. Se puso de pie (¿era más alto ahora?) y extendió la mano derecha en dirección a Adela.

Adela lo observó otra vez. No, no era posible, pensó, porque siempre pensaba. Pensaba demasiado: su padre se lo decía desde que era niña, y nunca le aclaró si constituía una virtud o un defecto. Pero el proceso de intento de ligue resultaba tan clásico que daba risa, y tal vez por eso evitó pensarlo más y se dejó llevar al terreno del juego. No perdía nada. Aceptó la mano del joven, se puso de pie, aunque antes de dar un paso lanzó su advertencia.

—Si haces una sola monería te dejo solo.

—Sin monerías —aceptó él.

—¿El sombrero lo compraste en el pulguero?

Él sonrió. La enfocó y se tocó la nariz.

—¿De dónde tú eres? Tú eres yuma, ¿verdad?

—Sí, soy americana... Estadounidense. De Nueva York. ¿Por qué?

—Es que ustedes los yumas se creen que todo es *Miky Maus*... No, chica, es ecuatoriano, auténtico, de verdad, de los buenos. Me lo trajo de allá un socio que llegó hace dos semanas. Lo estoy estrenando hoy porque desde por la mañana tenía, no sé, una cosa así...

—Un presentimiento —se apuró ella.

—O un anuncio de mi padre Changó. Yo sabía que algo bueno me iba a pasar.

—¿Tú eres santero?

—No, pero creo en todo... Por si acaso... —dijo, y le mostró el pañuelo rojo y luego la medalla de la virgen.

Casi tirando de ella la condujo hacia la pista, sosteniéndole la mano izquierda, para luego tomarla de la cintura con la derecha y atraerla hacia sí, y de inmediato alejarla, como si dudara de algo—. Pero pérate, pérate... Mi mamá no me deja bailar con desconocidas... *What is your name, baby?*

Adela sintió otro golpe de ternura. Sí, el personaje estaba cerrero, en estado puro, un diseño modélico.

—Adela Fitzberg.

Él le soltó la mano derecha y le tendió la suya.

—Mucho gusto, Adela-eso-mismo... Yo soy Marcos Martínez Chaple, y en Cuba me decían Marquito el Lince, a veces Mandrake el Mago... Y... bueno, naciste en Nueva York..., pero ¿de dónde tú eres? ¿Yuma de verdad, medio argentina, cubanita arrepentía?

—Todo eso a la vez.

—¡Ñó!... Un cóctel molotov... Bah, da igual... ¡Dale, arriba, a bailar!

Cuando dio los dos primeros pasos, Adela demostró que en realidad, lo que se dice bailar, ella no sabía bailar y su única alternativa decorosa fue dejarse llevar por su pareja. Luego la muchacha sabía que en esa decisión estuvo la clave: entregó a Marcos no solo las riendas de un baile, sino que lo hizo con una docilidad en la cual no se reconocía, más aún siendo ella la propietaria de un territorio donde el joven era un forastero, cargado con una muy notable lista de prejuicios y lastres. Pero sí, se dejó llevar: y Adela fue arrastrada más y más lejos, más y más profundo, hasta caer en las turbulencias del mundo desaforado y vertiginoso de Marcos Martínez Chaple, el Lince, y luego seguir rodando hasta caer en unos pocos meses en aquel gueto que se anunciaba al mundo como Hialeah, «la ciudad que progresa», por cuya 49 Street del West al fin se desplazaba ahora, avanzando por la llamada Palm Spring Mile, entre charcos, tapones, cláxones bramantes, dejando atrás más anuncios de los

que era posible asimilar y más mal gusto del que era saludable contemplar.

En las dos citas concretadas antes del primer choque sexual, aquella conmoción física y psicológica (su padre habría aplaudido por la exactitud de su advertencia) que removió cada uno de sus huesos y neuronas (fue el 18 de agosto de 2014, imposible olvidar la fecha), Adela pudo descubrir que debajo del escudo protector de disfraces que no eran tales, poses exageradas que en verdad resultaron orgánicas e intentos más o menos exitosos de ingenio verbal criollo, el joven recién salido de Cuba era, en realidad, una persona que con su fusión de inocencia cósmica y picardía habanera podía inspirar lo que *le provocó* en su primer cruce de palabras: ternura. Y Adela se enamoró de Marcos Martínez Chaple.

En septiembre de 2007 el país vivía la euforia de su estabilidad económica, la fe en la victoria sobre el terrorismo y la esperanza de un cambio. En Nueva York ya se advertían los melancólicos prolegómenos del otoño, luego del agotador verano. En Miami, por supuesto, todavía el sol rajaba las piedras y el mar ofrecía sus mejores transparencias. Y Adela decidió disfrutar las cosas buenas y no quejarse de las posibles agresiones ambientales, ni amargarse por una siempre difícil relación con su madre, que andaba en ese momento en uno de sus puntos bajos. No tenía derecho al lamento. Había hecho sus elecciones, ejercitaba sus decisiones: trabajaría en lo que pudiera para la campaña del prometedor y muy carismático senador Barack Obama, seguiría apostando por el antibelicismo y el buen trato a los emigrantes, y se establecería en el sur de la Florida para comenzar allí sus estudios universitarios en FIU.

Cada uno de sus diecisiete años, cumplidos en abril de aquel 2007, Adela los había vivido en el apartamento de renta congelada de Hamilton Heights, en West Harlem, ocupado desde hacía casi veinte años por su padre, Bruno Fitzberg. En ese sitio había recalcado su madre, apenas unos meses después de su salida de Cuba, a principios de 1989, durante lo que ella había planeado como una breve visita a Boston para asistir a un congreso de salud animal, al final del cual decidió no regresar a la isla, aun cuando sabía muy bien que en aquel país resultaba más fácil y barato ser astronauta que revalidar un título de doctor en Veterinaria obtenido en una universidad cubana.

La fulminante historia de la relación de la desertora cubana y el psicoanalista argentino había comenzado con una conversación trivial en una de las salas del Metropolitan Museum dedicada a los pintores impresionistas. La charla sobre las figuraciones de Manet, la alegría de los colores de Cézanne, la potencia de Van Gogh fue seguida por una invitación a un café, luego a comer algo y, al final de la tarde, Loreta Aguirre Bodes y Bruno Fitzberg hacían el amor en el apartamento de Hamilton Heights. Hasta donde sabía Adela, su madre siempre pensaría que la absoluta falta de asideros en que vivía había influido en el inicio de su relación con el psicoanalista argentino y, casi de inmediato y por un descuido para ella inexplicable, había provocado que quedara embarazada y que pronto se convirtiera en Loreta Fitzberg. Y unos meses después, ya corriendo 1990, en madre de Adela Fitzberg.

Tras la separación de Loreta y Bruno, en el 2005, los padres habían acordado que Adela permaneciera en el apartamento de Manhattan, siguiendo los estudios medios y sus cursos de artes plásticas, con la mirada puesta en la posible beca privada, o al menos en un benévolo préstamo estatal, que podría garantizarle la entrada en la Columbia University, como esperaban sus progenitores. Los meses de verano, según quedó acordado en el reparto de responsabilidades, la muchacha los pasaría con su madre, viajando por algún sitio del país y recalando en el apartamento de Union City donde se había instalado Loreta, luego de arramblar con sus libros, sus incensarios, su karma y sus neuras.

Los dos primeros años de lejanía de su madre, mientras cerraba su adolescencia, Adela practicó con mayor libertad su empecinada vocación de acercarse a sus orígenes cubanos, una relación de la cual Loreta se había distanciado de manera radical. Quizás la muchacha había recibido el influjo de una predisposición genética o todo respondió a una simple cuestión de rivalidades entre madre e hija, pero un persistente sentimiento de atracción por lo cubano había prendido con demasiada fuerza en la adolescente, que, en realidad, no podía ser otra cosa

que una neoyorquina, si es que tal cosa existe. ¿Por qué no sentía lo mismo por el origen cultural de su padre o por la educación británica de su madre o por la cultura de los dominicanos que se iban apropiando de su zona y entre los que había crecido?, se preguntaría años después.

En el apartamento de West Harlem, Adela había sido educada como una planta sin raíces. Su padre, argentino de ascendencia judía, odiaba silenciosa y muy tozudamente todo lo relacionado con su país de origen (excepto a la selección nacional de fútbol, los cortes de carne, las novelas de Soriano y Piglia y el acordeón de Piazzolla), el sitio de donde había escapado por sus militancias políticas juveniles. A la vez, y con igual intensidad, Bruno también detestaba la tiranía de la cultura hebrea de sus padres, que él consideraba manipulada por el lamentable (fascistoide lo llamaba a veces) sistema político sionista. Mientras, su madre, de modo incluso más tajante, también había cortado cualquier relación con un país natal que le parecía un semillero de gente mezquina, orgullosa sin razón y por muchas razones frustrada. Y criticaba a su cultura de origen con la misma vehemencia con que aporreaba el estilo de vida inglés, sufrido en sus años de estudio y permanencia en Londres como hija de diplomáticos cubanos, entre gentes que solían tener la boca con forma de culos de gallinas y se dedicaban a destrozar el idioma que ellos mismos habían creado. Y Nueva York..., sí, estaba bien, pero tampoco era para tanto: mal clima, mucha mugre y droga, demasiada presunción.

Con sus furibundas negaciones, que incluían hasta sus orígenes familiares, Loreta le impuso a su hija la ruta de la asimilación: prefería hablarle en inglés, con el deje británico del cual no había logrado o no había querido desprenderse, la hacía leer autores norteamericanos, sentir que el suyo era un universo anglo aunque desinfectado de unos atavismos religiosos y morales que calificaba de hipócritas, y por ello, hasta intentaría inducirla hacia el conocimiento de otras sabidurías, según la mujer más nobles, como la del budismo. Ellos tenían la suerte de vivir en Nueva York y había que aprovechar lo que les regalaba Nue-

va York (que no regalaba nada y lo tenía todo), solía decir. De Cuba, mejor ni hablar.

Por fortuna, gracias a la insistencia de su padre, desde niña Adela hablaba con corrección el español —arrastrando a veces un desleído acento porteño—, aunque al principio lo escribía con alguna dificultad. Por eso se empeñó en el estudio de la lengua como asignatura básica de sus cursos académicos y, por su cuenta, quizás solo por espíritu de rebeldía, emprendió la aventura de leer la literatura y la historia de la isla de sus antepasados maternos, unos personajes difusos, de los cuales al principio apenas tenía unas pocas referencias y los inalterables juicios tremendistas y condenatorios de su madre. Desde que pudo hacerlo, Adela asistió a conciertos de música latina, donde se mezclaban ejecutantes y bailadores de todas las procedencias imaginables y siempre resultaba posible encontrar algunos cubanos. Entre ellos, la muchacha haría migas con su contemporánea Anisley, llegada a la ciudad cuando tenía once años y, para Adela, más cubana que *La Guantanamera*.

Con Anisley y sus padres —entrenador de beisbol y softbol, el padre; médico pediatra reciclada como enfermera, la madre—, Adela tuvo un curso intensivo de cubanidad, en el cual participó además el primo de Anisley, con el que se besuqueó varias semanas, hasta cumplir ambos la tardía pérdida de sus respectivas virginidades a los dieciséis (con más curiosidad que pasión por parte de ella). Aquellos fines de semana disfrutados en la casa de su amiga, en Queens, la introdujeron en recodos de una historia no escrita de actitudes, comportamientos, salidas verbales, en el conocimiento de lugares y de la densidad de una sociedad política a la cual ellos culpaban de su exilio.

En lugar del rechazo rotundo que afloraba de la actitud de Loreta o la negación fundamentalista de la más mínima tolerancia hacia la sociedad cubana siempre presente en el discurso de muchas figuras públicas de Miami y Nueva Jersey, la familia de Anisley le mostró perspectivas plagadas de matices. A pesar de sus opiniones contrarias al sistema de la isla, en voz baja agradecían a su procedencia las oportunidades que tuvieron den-

tro y, sobre todo, fuera de su país, donde gozaban de ventajas promovidas por un diferendo político que los hacía muy privilegiados respecto a la gran mayoría de los emigrantes latinos llegados a Estados Unidos, el país maravilloso donde ahora vivían y luchaban...

De manera natural, aquella tribu supuraba un orgullo desprejuiciado y la satisfacción sin complejos de una pertenencia a la cual se aferraban en cada actividad en que les resultaba posible hacerlo. Y lo expresaban desde la forma de cocinar los frijoles negros hasta la de cantar las lágrimas, también negras, del Trío Matamoros; desde el disfrute de las películas llegadas de la isla que cazaban en festivales neoyorquinos hasta la lectura de algún novelista cubano contemporáneo, pasando por las veladas en que se cagaban de risa escuchando los chistes de Guillermo Álvarez Guedes, unas historias picarescas en las cuales los de la isla siempre eran los tipos más ingeniosos y mal hablados. Si en las calles la familia y otros amigos cercanos también venidos de Cuba vivían en una ciudad abierta y multicultural llamada Nueva York, esos mismos seres, reacios al desarraigo, dentro de sus casas y en sus reuniones festivas, en muchos sentidos seguían habitando en el interior de su isla perdida. ¿Por qué su madre parecía venir de un planeta diferente, brumoso y sin contornos definidos?, se preguntaba a veces la joven.

Gracias a la cercanía con esa ferocidad cubana por preservar unas esencias propias, la adolescente se acercó un poco más a la militancia de una religión sin Dios, que en cambio tenía un apóstol llamado José, como el patriarca bíblico, poeta profético para más ardor. Entonces la joven comenzó a entender y admirar el credo de Anisley y los suyos: el de seguir siendo quienes habían sido y se negaban a dejar de ser. Solo que Adela sentía que si para ella resultaba posible comprenderlos, jamás conseguiría replicarlos: algo le faltaba o le sobraba para ser lo que ellos eran y querían seguir siendo.

Sin embargo, cuando se acercó el momento de elegir la universidad donde continuaría sus estudios, Adela, sin dudar, le informó a su madre que optaría por el *bachelor* en Humanida-

des en la Universidad Internacional de la Florida, donde, gracias a sus excelentes calificaciones, le ofrecían una beca que cubría un tercio del coste de la matrícula.

De inmediato, como no podía dejar de ocurrir, había comenzado una guerra en la que el padre se declaró neutral pero dispuesto a colaborar en lo económico, siempre y cuando la muchacha hiciera sus estudios superiores hasta obtener una maestría. Mientras, la madre, en un último y desesperado intento por rectificar el rumbo decidido por la joven, convenció a Adela para que fuera a pasar unos días con ella en la bellísima estancia equina donde ya vivía y trabajaba, en las afueras de Tacoma. Y allí, luego de cuatro días de tregua, cuando la muchacha se atrevió a pensar que saldría indemne, tuvieron una de sus más desagradables peleas, y por una temporada Adela dejaría de ser Cosi para ser llamada *Adela Fitzberg*. Fue justo en ese trance cuando la joven mostró una fortaleza de carácter que nadie le habría atribuido y se enfrentó al huracán de fuerza cinco que era Loreta Fitzberg (¿o volvió a ser Aguirre Bodes?), siempre llena de argumentos empeñados en demostrar que si su hija se lanzaba al estercolero político, cultural, urbano de Miami, con ese acto estaba convirtiendo su vida en lo que suele haber en los estercoleros.

Dos meses después del agrio debate, en septiembre del esperanzador otoño de 2007, un taxi dejaba a Adela en el 116402 SW, 35 Street, en el área de Westchester, donde había localizado por internet el *efficiency* de Miguel y Nilda Vasallo, donde viviría hasta instalarse en la residencia de la universidad. Los sesentones que la esperaban en la puerta de la casa principal empezaron por ofrecerle un jugo de guayabas hecho por ellos mismos, un dulcísimo flan casero de huevos y un café recién colado (también dulce), para al final darle las llaves del *efficiency* y explicarle las maravillas del local, la cuadra, el barrio, la ciudad, el condado y muy cubanamente reiterarle que su casa (la de ellos) ya era su casa (la de Adela).